

SERMON II.  
PARA EL TERCER DOMINGO  
DE QUARESMA,  
SOBRE LA IMPUREZA.

*Cum immundus spiritus exierit ab homine...  
Tunc vadit, & assumit secum septem spiri-  
tus nequiores se, & ingressi habitant ibi, &  
fiunt novissima hominis illius pejora priori-  
bus.*

Luego que el espíritu impuro ha salido de un hombre, vá, y toma en su compañía otros siete espíritus peores que él, y buelven à entrar, y à morar en él; y el ultimo estado de este hombre es peor que el primero.

*Luc. cap. 11.*

**H**OY declamo, Catholicos, contra el mas horroso de todos los vicios, y no obstante es el de que menos se avergüenzan los hombres; contra el mas contagioso, y con el que menos precauciones se usan; contra el mas pernicioso, y al que se sufre con mas condescendencia. Ya conoceis, Señores, que inten-

to hablar de la impureza, aunque quisiera poder observar el consejo del Apostol, que deseaba desterrar el nombre de este vicio de la boca de los Christianos. (a) Pero no es ya tiempo de que el silencio, y discrecion de los Predicadores ceda à los remordimientos de su zelo, para que no tengan motivo de hacerse la triste reconvençion que se hacia à sí mismo el Profeta Isaías: *Væ mihi, quia tacui, & in medio populi polluta labia habentis ego habito.* (b); Desgraciado de mí! Callé, y tuve vergüenza de hablar, viviendo en medio de un Pueblo corrompido, y manchado hasta en sus labios. La una mitad del Mundo no se avergüenza de hablar de los misterios de la impureza, y muchas veces lo hace sin la menor reserva; la ótra mitad, que es la mas interesada en la gloria del pudor, no se avergüenza de oír hablar de esta materia; y me he de avergonzar yo, de procurar introducir en los corazones la confusión que no se manifiesta en los rostros, y de hacer patente la enormidad de este pecado? Hablaré, Señores, con el respeto, y circunspeccion que debo; y aunque procuraré no ofender vuestro pudor, nada disimularé à vuestras conciencias.

Las palabras de Jesu-Christo son bien claras; en ellas estais viendo la fealdad de este Demonio; su propio nombre la explica suficientemente: este es el espíritu sucio, è inmundo: *Spiritus immundus.* Le acompañan los pesares, porque busca inutilmente el descanso, y el placer: *Querens requiem, & non inveniens.* Manifiesta su contagiò en la union que tiené con casi todos los demás vicios: *Assumit septem alios spiritus.* Declara su malicia en perseguir al alma en los esfuerzos que hace para bolver à entrar en ella despues de haver sido una vez arrojado: *Dixit, revertar in domum meam.* Hace ver su obstinacion en la constante mansion que en

(a) *Ephes. 5. 3.* (b) *Isai. 6. 5.*



ella establece despues de su buelta: *Ingressi habitant ibi.* Y finalmente, descubre su crueldad, induciendo à la desesperacion à aquellos mismos, à quienes ha sujetado: *Fiunt novissima, pejora prioribus.*

Un pecado, Catholicos, que tiene tan perniciosas qualidades, y tan funestas resultas, ¿podrá pasar en vuestra idea por el mas escusable de todos los pecados? ¿Puede hacerse mayor agravio à la razon, que el emplear sus luces en buscar especiosos pretextos para adormecer la conciencia en este punto? No obstante, asi sucede, y el Mundo ha cerrado de tal modo los ojos para no ver el horror de este desorden, que quisiera tambien poner una venda sobre los ojos del mismo Dios. ¿Hay cosa mas comun entre los hombres, que el persuadirse à que Dios, que conoce nuestra natural flaqueza, usa de mas indulgencia con este pecado, que con otros? Fundados los hombres en esta falsa creencia, ¿à qué excesos no se entregan? Pues intento impugnar esta falsa persuasion.

Miramos à la impureza como un pecado de los mas leves, y el mas digno de perdon; contra este error formaré dos proposiciones, que servirán de division à este discurso; es à saber, que no hay pecado menos acreedor al perdon, y que no hay pecado que menos se perdone. Estas dos proposiciones explican suficientemente el alma que en sí encierran, para que todos puedan comprehender el horror de este vicio. Ave Maria.

## PRIMERA PARTE.

**L**A impureza se puede considerar respecto de Dios, que la prohibe; respecto del pecador, que la comete; respecto de la criatura, que es objeto de ella; y respecto de los demás pecados que de ella resultan; respecto de Dios, que la prohibe, ningun otro pecado se comete con mas desprecio de Dios; respecto del pecador,

ningun otro pecado se comete con mas abandono del mismo pecador; respecto del objeto, ningun otro pecado se comete con mas afecto ácia la criatura; y respecto de sus resultas, ningun otro pecado se comete en el que haya mayor enlace de todos los demás pecados. El desprecio de Dios, el afecto ácia la criatura, el abandono del pecador, y el enlace de todos los demás pecados, son quatro principios, que hacen que la impureza sea menos digna de perdon que todos los demás pecados. Estadme atentos.

I. Es indubitable, que entre todos los pecados, la idolatría es el que encierra en sí mayor desprecio de Dios, porque destruye à Dios en el espiritu del hombre, haciendo que éste tribute à la criatura el honor que solamente es debido à Dios; por esta misma razon, el pecado que mas se acerca à la idolatría, es el de la impureza, porque en ambos se halla el desprecio de Dios casi en un mismo grado; por eso los Profetas, teniendo tanto horror à la idolatría, que apenas se atrevian à pronunciar su nombre, se la reprendian à los Judios, valiendose de los odiosos nombres de fornicacion, y adulterio. (a)

Este desprecio de Dios parecia à Tertuliano mas digno de castigo en el Christiano que se entrega à la impureza, que en el que cae en la idolatría, porque el Christiano que sacrifica à los idolos, niega à Dios violentado por los tormentos; pero el que se abandona à la impureza, niega à Dios, por buscar su deleyte con plena libertad; el impudico le niega, porque quiere; el idolatra, porque se vé forzado; ¿quál de los dos, pregunta Tertuliano, os parece mas delincente? *Quis magis negavit, qui Christum vexatus, an qui dlectatus amissit?* (b)

(a) *Levit. 17. 7. Judit. 2. 17. Psalm. 72. 27. Jerem. 3. 6.* (b) *Tertul. de Pudic. n. 22. sub fin.*



San Agustín, mas exacto que Tertuliano en sus expresiones, y en sus ideas, halla en los desordenes de los Christianos cierta especie de idolatría, y en sus malos exemplos un genero de persecucion; aun mas insufrible que la del furor de los tyranos. Es verdad, dice, que los Reyes han doblado ya su cerviz bajo el yugo de Jesu Christo, y que llevan su cruz por diadema: *Jam subjectis Regum cervicibus Christi jugo, suppositis eorum frontibus signo ejus.* (a) Los tyranos murieron, pero la persecucion todavia subsiste, no como antes en las hogueras, y eculeos, sino en los placeres, y en las alegrías: *Adhuc inter organa symphoniacos gemimus.* Los sensuales nos hacen guerra, no con el hierro, ni el fuego, sino con la insolencia, y libertad de su impureza; y esta guerra es mucho mas injuriosa à Jesu Christo, porque llevando estos sobre su frente el caracter de su bautismo, manchan su santidad con la infamia de sus costumbres: *Portantes in fronte signum ejus, simul impudentiam luxuriarum.*

Este insulto hecho à la religion, le parecia tan atroz à San Agustín, que en algun modo le pesaba de que no huviese Paganos. Si huvieran quedado algunos, decia, sería para nosotros una especie de consuelo el poder esperar su conversion à la Fé: *Esset quatecumque solatium expectare eos quando signentur.* Pero los que viviendo bajo el yugo de la Fé de Jesu Christo la afrentan con los escandalos de su impureza, ¿qué motivo no nos dan para llorar su perfidia, y la persécution que mueven contra la religion?

No os parezca esto exageracion, Catholicos. ¿No es cierto que el corazón se une tan estrechamente al objeto de su pasión, que ordena à él todos los respetos que debe à Dios? ¿No se olvida de todas las obligaciones de la devocion, no se olvida de los bienes del Cielo, no

(a) In Psalm. 69. n. 2.

abandona la oracion? Nada desea tanto el impudico como el poder perder à Dios, sin que le cause remordimientos esta pérdida: llega à tanto el olvido de Dios, que apenas hay sensual que no ponga su felicidad en su miserable deleyte; que no prefiera el placer de ser amado del objeto que él ama, à la felicidad de amar, y ser amado de su Dios; que no renuncie voluntariamente las esperanzas del Cielo, y dé à Dios por libre, si es licito explicarse asi, de sus promesas eternas, con tal que quiera olvidarse de él, y dexarle poseedor inmortal del objeto que le tiene cautivo. Vosotros, Señores, que me estais oyendo, y que sabeis que sois reos de este delito, conoceis muy bien que hablo verdad. ¿Pues no es esto mirar al cuerpo, y à la carne como vuestro verdadero bien, como vuestro ultimo fin, y como vuestro verdadero Dios?

Confieso desde luego, que este amor al objeto de vuestro pecado como à vuestro ultimo fin, es una enormidad comun à todos los pecados mortales; pero no es tan manifesta en los demás pecados. No oimos que el avaro, ni el ambicioso digan al dinero que aman, ni al honor à que aspiran: *Tu eres mi Dios.* Esta profanacion solamente es propia del impudico, y del idolatra.

Examinad, y comparad los cuidados, y expresiones de ambos à los pies del idolo que se forman, el idolatra de marmol, ò de madera, y el sensual de carne, y barro. Ved el ansia con que ambos le adornan, le enriquecen, le cubren de plata, de oro, y de piedras preciosas: *Perliniens rubrica, & rubicundum faciens colorem illius.* (a) Mirad como ambos se postran à sus pies, como gimen, y suspiran, como imploran su socorro, como le piden el descanso, la salud, y la vida: *Pro sanitate deprecatur, curvatur ante illud, & adoratur illud, & obsecrat dicens; libera me, quia Deus meus es tu.* (b)

Es-

(a) Sap. 13. 14. (b) Isai. 44. 17.



Esta es la descripción que Salomón, è Isaiás nos hacen de las humillaciones de un Pagano en presencia de su idolo, y estas mismas observamos todos los dias en los hombres poseidos de un loco amor.

Acaso me direis, que todo esto es pura ficcion; que la razon desapruueba estas locas expresiones; y que el corazon no las abraza de veras; pero aun quando esto fuera asi, decidme, ¿no hay un manifesto desprecio de Dios en la idolatría aparente, y en el culto exterior que se tributa por fuerza à los falsos Dioses? Quando los Christianos, vencidos del temor de los tormentos, ofrecian incienso à los idolos, ¿les servian de excusa los remordimientos de la fé que conservaban dentro de su corazon? ¿Dexaban por eso de ser tratados como pérfidos, y apostatas? ¿Pues cómo es posible, que siendo mayor el desprecio de Dios, y el ultrage que se le hace con la impureza, que con los demás pecados, haya ésta de ser mas digna de perdon que los demás?

II. Ved ahora, Señores, en segundo lugar el afecto de este pecado ácia la criatura, y hasta dónde se estiende este afecto, el que vamos à examinar separadamente del desprecio de Dios. Este afecto se estiende hasta el sacrificio de los bienes; el hijo despojará à su padre; el padre à sus hijos; el marido à su muger; la muger à su marido; el hombre se despojará à sí mismo, se privará del fruto de los trabajos de sus mayores, de su propio trabajo, de su subsistencia, y de su vida. Si queris pruebas de esta verdad, vedlas, Señores, en las ruinas de tantas casas, en los divorcios que afrentan à tantas familias, y en la mendicidad de tantos hijos pródigos; no basta el sacrificio de los bienes, se estiende tambien al sacrificio del honor, de la clase, y de las dignidades: à los viejos calumniadores de Susana debiera haver servido de freno la consideracion de su edad, (a)

(a) Dan. 13. 5.

y del empleo de Magistrados, que exercian en Israel: aquel Juez debiera reprimir, como ellos, su pasion, por respeto à las leyes de que es depositario, y cuyo rigor está obligado à conservar: aquella muger debiera hacerse cargo de que el matrimonio no debe servir de velo à sus infidelidades, y que habiendole Dios elevado à la dignidad de Sacramento, se declaró vengador de los excesos, y desordenes que en él se cometiesen: aquel hombre consagrado à Dios debiera reflexionar, que con la libertad de sus costumbres profana su caracter, autoriza à los enemigos de la religion para que murmuren de ella, imprime en los espíritus un libertinage incurable, hace sospechoso su habito, y odioso su ministerio: aquel oficial debiera conocer que el cuidado de sus placeres es preciso que sirva de obstaculo al de sus obligaciones, y que el olvido de estas ha de atrasar su fortuna. Pero ah, honores, dignidades, empleos, fortuna, fama, todos sereis sacrificados à la ciega complacencia de agradar à una muger, al ansia de verla, y al cuidado de servirla!

Finalmente, se estiende este afecto hasta el sacrificio de las ideas mas naturales, y mas justas, de las inclinaciones mas amables, y de los mas apreciables intereses; no hay leyes, ni obligaciones que el hombre impudico no ponga à los pies de esta frivola divinidad; no hay amistad que no se olvide, sentimiento que no se ahogue, ni ultrages que no se perdonen inmediatamente que ella habla; finalmente, no hay pasion que no se someta à esta imperiosa pasion: inmediatamente que se apodera del sobervio, le hace humilde, y no se averguenza, antes se gloria de ser esclavo; el arrogante se hace tratable, y solo piensa en usar de condescendencias; el ambicioso limita todos sus proyectos al solo deseo de agradar; el timido se hace valiente, el avaro pródigo, y aun el impío se hace devoto si juzga que por este camino ha de adelantar sus designios. ¡Leyes santas! ¡Evan-



88 SERMON II. PARA EL TERCER

gelio celestial! ; Exemplos de un Dios Salvador! Vosotros hablais, y nos mandais vencer à nuestras pasiones, nos mandais ser pacientes, humildes, y despreciar los bienes, y los intereses del Mundo; pero à todos estos preceptos cerramos los oidos. La sensualidad habla, y manda, è inmediatamente obedecemos, y todo lo sacrificamos. ;Qué afecto tan extraño del hombre à la criatura! ; Os parece que un Dios zeloso podrá perdonar facilmente semejante delito?

III. El tercer exceso de la impureza es el abandono general del pecador à su pecado; no solamente le sacrifica todo, como acabamos de ver, sino que se lo sacrifica con todo su corazon: El corazon, ò Dios mio, es solamente vuestro, y Vos os le haveis reservado: Este precepto le haveis puesto à la frente de todos los demás preceptos: Vos digisteis al hombre, *diliges*, amarás, pero me amarás à mí solo, que soy tu Señor, y tu Dios: *Dominum Deum tuum*. Vos, Señor, nos disteis corazon, alma, sentido, fuerzas, facultades, imaginacion, memoria, entendimiento, y voluntad; de todo esto se compone el hombre, y con todo esto os debemos amar: *Ex toto corde, ex tota mente, ex totis viribus*. Y no obstante vuestros preceptos, con desprecio de vuestros derechos, y de nuestras obligaciones, dedicamos todas nuestras potencias al servicio, y al amor de la sensualidad.

Si se nos dice que debemos amar à Dios, no tenemos para esto corazon, entendimiento, lengua, palabras, ideas, sentido, ni movimiento; nos hallamos frios, insensibles, y tan duros como el marmol, y el bronce. No sabemos amar à Dios, no queremos pensar en esto, y aun nos tenemos por incapaces: pero si se trata del amor sensual, el corazon, el alma, el hombre todo entero se pone en movimiento. Quiero escusar à las almas inocentes unas ideas que no podrán menos de ser importunas à su pudor, y paso à las reflexiones siguientes.

Lue-

DOMINGO DE QUARESMA. 89

Luego que el hombre se entrega à la pasion de la impureza, ésta no le concede tregua alguna; ;en qué instante del dia, ò de la noche le dexa descansar? Inficiona sus sueños, perturba su trabajo con fantasmas, en la ausencia aviva sus deseos, la edad no apaga su ardor, y ni aun la vejez mas decrepita borra su memoria; y aun quando la penitencia hace que renazca el arrepentimiento, siempre es con peligro de que vuelva la complacencia.

Oid, Señores, otra reflexion. ;No es esta la unica entre todas las pasiones que atrae à sí todas las demás, y que se sirve de ellas? Un corazon entregado à la sensualidad, no solamente no ama, no desea, y no espera sino lo que puede conducirle à ella, sino que no aborrece, ni teme mas que aquello que le puede servir de estorvo para ella; todos sus afectos se ordenan à los medios favorables à su intento, y todas sus iras contra los obstaculos; y asi, en semejante corazon no hay movimiento que no se ordene al deleyte,

Aun mas: no hay en su entendimiento luz, ni reflexion, que no se dirixa al mismo fin: parece que esta pasion dá entendimiento aun à aquellos que antes no le tenían; y que el entendimiento solamente lo es quando inventa alguna cosa que la es favorable, dando falsamente nombre de obras de talento à las que tratan de ella. ;Quántos libros venenosos se libertan todos los dias del rigor de la censura por este falso privilegio de ser obras de talento?

;Quántas artes, y quántos oficios dependen de este vicio? ;Quántos artifices se mantienen de los gages de la impureza? Esas modas, ignoradas de la gravedad de los pasados siglos, è ideadas para fomentar el libertinage del nuestro, y para hacer que nuestra posteridad olvide hasta el nombre del pudor. Esos espectaculos de musica, invencion tambien de nuestros tiempos, en los que la juventud sencilla aprende por medio de unos to-

Tom. III.

M

nos



nos expresivos lo que es amor, aun antes de saber qué cosa es razon. Esa ciencia extraordinaria, fomento de la gula, en la que el sexo, que en otro tiempo era mas sobrio, y mas modesto, no se averguenza de igualar la intemperancia de los hombres, y de excitar su alegría hasta que degenera en temeridad.

Por medio de este abandono, los dos sexos que componen el linage humano se arman lazos uno à otro; el Mundo entero se hace tributario de la sensualidad, y la inocencia halla à cada paso enemigos que temer, y escollos de que huir. ¿En qué casa se puede entrar que no se presente à la vista alguna pintura, que no se venga à las manos algun libro, ò algun otro objeto que ofenda à la modestia? ¿En qué concurrencia no es preciso asistir con un particularísimo cuidado de la lengua, de los pensamientos, y del corazon? ¡Ah, Catholicos! En el lugar santo, al pie de los divinos Altares, ¿no estamos viendo muchas veces, y aun acaso ahora mismo, personas de todas edades, que con vestidos, y ademanes licenciosos, se entregan, por decirlo así, al demonio de la vanidad, para manchar las conciencias, y mudar en profanaciones los mysterios de la religion? ¿Pues cómo es posible que este pecado sea mas digno de perdon que los demás?

IV. Considerad por ultimo su alianza, y su enlace con todos los demás pecados; no solamente con los vicios comunes, como son la pereza, la ociosidad, la soberbia, la envidia, la avaricia, la prodigalidad, la glotonería, y la embriaguez; todos estos vicios son apoyos, instrumentos, efectos, y causas de la impureza; sino tambien con aquellos infames delitos, cuyo nombre horroriza, como son el homicidio, la crueldad, la heregía, la impiedad, el atheismo, y la magia. Siempre que la impureza necesita valerse de ellos los encuentra como fieles aliados, y en ninguna parte halla asilo mas seguro que en su compañía.

Si

Si David mancha sus manos con la sangre de uno de sus mas fieles, y valerosos Oficiales, la impureza le obliga à ello: Si su hijo Salomon se postra à los pies de los Idolos con el incensario en la mano, es porque le obliga à ello el amor à las mugeres: Si vemos cada dia desaparecer en las costumbres de los jovenes la fé, el respeto, y la idea de Dios, no busquemos mas razon que las lecciones de impureza que reciben, mezcladas con las de la religion, casi desde que salen de la cuna, su mala educacion, y el mal exemplo de sus domesticos. ¿Se vió acaso en los pasados siglos lo que se ha visto en nuestros dias, esto es, los sortilegios, y venenos convertidos en arte que se estudia? ¿Se vió à las esposas, à las hijas, à las hermanas, y las madres ser asesinos de sus padres, de sus hermanos, de sus hijos, y de sus esposos? Lo que la antigüedad nos referia en este punto, pasaba entre nosotros por fabula; pero los excesos de nuestro siglo han mudado la fabula en verdad.

Las funestas disensiones que de dos siglos à esta parte han despedazado la Europa Christiana, y desfigurado la religion con tan distintas mascaradas de reforma, y novedad: estas nuevas heregías, que han mudado en enemigos nuestros à nuestros vecinos, nuestros Ciudadanos, nuestros amigos, y parientes, ¿han tenido por ventura otro principio mas que la corrupcion de las costumbres?

¿Qué eramos nosotros, y cómo viviamos quando en Francia, y en los Estados vecinos levantó su estandarte la heregía? Por todas partes estabamos rodeados de ignorancia, intemperancia, brutalidad, è impureza. No pasemos à averiguar qué se havia hecho la devocion entre las personas de alta clase, ni en el estado civil; ¡se hallaba por ventura aun en las mas santas profesiones! La devocion no era la que hacia Sacerdotes, ni Religiosos; estos debian su estado à la casualidad,



dad, al interés, al capricho de sus parientes, y à la ociosidad de la vida: llevaban al claustro, y à el Altar unos corazones manchados con las mas infames pasiones; ¿ pues qué maravilla, que una especie de religion, que reprobaba todas las austeridades, que desterraba los votos, que trataba de supersticion à la abstinencia, y à la continencia; que quitando al matrimonio la dignidad de Sacramento, le ponía en la clase de los preceptos, qué maravilla es, buelvo à decir, que semejante novedad hallase en todas partes sectarios? No solamente los halló en las Cortes, en las Ciudades, y en casi todas las casas, sino tambien en los claustros, en medio del santuario, y al pie de los Altares, porque en todas partes, y en todos estos lugares halló à la impureza. El Dios Eterno quiso mas negarnos por hijos suyos, que conservar como tales à unos impudicos; y asi como en el antiguo Testamento abandonó su Pueblo à la idolatría, y permitió que el arca de la alianza cayese en poder de los incircuncisos, por no verla asistida de unos Ministros corrompidos, asi tambien en el siglo de nuestros padres quiso mas ver derribados sus Altares, arruinados sus Templos, profanados sus Tabernáculos, y pisado el Sacramento del Cuerpo, y Sangre de su Hijo, que sufrir que permaneciese en poder, y en manos de unos hipocritas, manchados con la impureza.

No nos lisonjemos, pues, Catholicos, à cerca de la enormidad de este pecado, ni nos le figuremos como mas digno de perdon que todos los demás: Si alguna vez se compadece Dios de nuestra natural flaqueza, y del barro de que nos formó su mano; si se acuerda de que el hombre es carne, y que la carne es fragil: *Recordatus quia caro sunt.* (a) Acordemonos tambien nosotros de que este mismo fue el motivo que tuvo para inun-

(a) *Psalm. 77. 39.*

inundar la tierra con el diluvio: la gracia de la salud solamente se estendió à ocho personas, y el rigor de la sentencia à todo el linage humano: (a) *Non permanebit spiritus meus in homine in æternum, quia caro est.* (b) Mi espiritu no permanecerá ya en el hombre, porque el hombre no es mas que carne: *Quia caro est.* Dios pronunció esta sentencia, y no obstante, ¿ vosotros os atreveis à creer, que os espera su gracia, y que tenéis seguro el perdon solamente porque sois carne? Por lo mismo debeis temblar que arranque de vosotros su espiritu, el que haveis sepultado, è incorporado en la carne: *Quia caro est.* Por lo mismo debe vengar en vosotros el desprecio, y abuso que haveis hecho de la carne, despues del honor que Dios os hizo de unirse con ella para unirse à su Divinidad: desechad, pues, de vosotros esa temeraria confianza, y si lo dicho hasta aqui no basta para persuadiros lo difícil que es el perdon de ese pecado, que llamais flaqueza, ved ahora que es un pecado que rara vez se perdona.

## SEGUNDA PARTE.

ES preciso, Catholicos, ò que no demos credito à la fidelidad de los sagrados libros, ò que confesemos que en nada ha manifestado Dios tanto su justicia, como en el castigo de este pecado, ya anegando al Mundo entero con el diluvio, ya abrasando à todo el País de Sodoma, (c) ya introduciendo una cruel, y sangrienta guerra entre los Pueblos, y las Tribus; ya valiendose de los instrumentos mas terribles, y crueles, del hierro, del agua, y del fuego, no haciendo distincion de edad, sexo, calidad, ni aun del merito; oprimiendo con unos mismos golpes al inocente, y al cul-

(a) *1. Petr. 3. 20.* (b) *Genes. 6. 3.* (c) *Genes. 6. Genes. 19. Numer. 25. Judic. 20. Genes. 7. 23.*